

La tierra no pertenece al hombre sino que el hombre pertenece a la tierra

CARTA DEL JEFE SEATH
(TRIBU SUQUAHISH),
DE LOS ESTADOS UNIDOS,
dirigida en 1855
al Presidente Americano
Franklin Pierce



“EL GRAN JEFE de Washington nos mandó decir que desea comprar nuestra tierra. El gran jefe nos aseguró también su amistad y benevolencia. Eso es gentil de su parte, pues sabemos que él no necesita de nuestra amistad. Pero vamos a pensar en su oferta, pues sabemos que si no lo hacemos, el hombre blanco vendrá con sus armas y tomará nuestra tierra. El gran jefe en Washington puede confiar en lo que dice el jefe Seath, con la misma certeza con que nuestros hermanos blancos pueden confiar en la alternancia de las estaciones del año. Mi palabra es como las estrellas: no palidecen.

¿Cómo usted puede comprar o vender el cielo, el calor de la tierra? Tal idea nos es extraña. Nosotros no somos dueños de la pu-

reza del aire ni del resplandor del agua. Entonces, ¿cómo puede usted comprarlos de nosotros? Decidimos apenas sobre nuestro tiempo. Toda esta tierra es sagrada para nuestro pueblo. Cada hoja reluciente, todas las playas arenosas, cada velo de neblina en las florestas oscuras, cada claridad y todos los zumbidos de los insectos son sagrados en las tradiciones y en la conciencia de mi pueblo.

Sabemos que el hombre blanco no comprende nuestro modo de vivir. Para él un terrón de tierra es igual a otro. Porque él es un extraño que viene de noche y roba de la tierra todo lo que necesita. La tierra se va. Deja atrás la tumba de su padre, sin remordimiento de conciencia, roba la tierra de sus hijos. Nada respeta. Olvida

la sepultura de sus antepasados y el derecho de sus hijos. Su ganancia empobrecerá la tierra y dejará atrás los desiertos. La vista de sus ciudades es un tormento para el hombre piel roja. Pero tal vez sea así por ser el hombre piel roja un salvaje que nada comprende.

No se puede encontrar paz en las ciudades del hombre blanco. No hay un lugar donde se pueda oír el brotar de las hojas de la primavera o el ruido de las alas de los insectos. Tal vez por ser un salvaje que nada entiende, el bullicio de la ciudad es para mí una afronta a los oídos. Y, ¿qué especie de vida es aquella en que el hombre no puede oír la voz del cuervo nocturno o la conversación de las ranas en el arroyo en la no-

che? Un indio prefiere el suave susurro del viento sobre el espejo de agua y el propio aroma del viento, purificado por la lluvia del medio día y con el perfume del pino. El aire es precioso para el hombre piel roja. Porque todos los seres vivos respiran el mismo aire -animales - árboles - hombre. No parece que el hombre blanco se importa con el aire que respira. Como un moribundo, él es insensible al aire pestilente.

Si yo me decido a aceptar impondré una condición. El hombre blanco debe tratar a los animales como si fueran sus hermanos. Soy un salvaje y no comprendo que pueda ser correcto de otra forma. Vi a millares de bisontes pudriéndose en las praderas abandonadas por un hombre blanco que los mataba a tiros disparados desde un tren. Soy un salvaje y no comprendo cómo un humeante caballo de fierro pueda ser más valioso que un bisonte, que nosotros -los indios- matamos apenas para sustentar a nuestra propia vida. ¿Qué es el hombre sin los animales? Si todos los animales se acabaran los hombres morirían de soledad espiritual, porque todo lo que les pasa a los animales puede también afectar a los hombres. Todo está relacionado entre sí. **Todo lo que hiere a la tierra hiere también a los hijos de la tierra.**

Nuestros hijos vieron a sus padres humillados en derrota. Nuestros guerreros sucumben bajo el peso de la vergüenza. Y después de la derrota pasan un tiempo en ocio, envenenan su cuerpo con alimentos endulzados y bebidas ar-



dientes. No tiene gran importancia dónde pasaremos nuestros últimos días. Ellos no son muchos. Más algunas horas, o tal vez más algunos inviernos, y ninguno de los hijos de las grandes tribus que vivieron en esta tierra o que han vagado en pequeñas tribus en los bosques, sobrarán para llorar sobre las tumbas de un pueblo que un día fue tan poderoso y lleno de confianza como nosotros.

De una cosa sé bien, que el hombre blanco la descubrirá tal vez algún día: nuestro Dios es el mismo Dios. Tal vez usted juzgue que lo pueda poseer de la misma forma como desea poseer nuestra tierra. Pero no puede. El es Dios de la humanidad entera. Y quiere bien igualmente al hombre piel roja como al blanco. La tierra es amada por El. **Y causar daño a la tierra es demostrar desprecio por su creador.** El hombre blanco va a desaparecer, tal vez más rápido que otras razas. ¡Continúa contaminando su propia carne! Y tendrá que morir una noche sofocado en sus propios excrementos. Después de muerto el último bisonte y domados todos los caballos salvajes, cuando los montes misteriosos tengan olor a gente, y cuando las colinas escarpadas se llenen de hilos que hablan, ¿dónde quedarán las praderas? Habrán acabado. ¿Y las

águilas? Se habrán ido. Restará dar adiós a las golondrinas y a la caza, será el fin de la vida y el comienzo de la lucha para sobrevivir.

Tal vez comprendiéramos si conociéramos con qué sueña el hombre blanco. Si supiéramos cuáles son las esperanzas que trasmite a sus hijos en las largas noches de inviernos, qué visiones de futuro ofrece a sus mentes para que puedan formar los deseos para el día de mañana. Pero nosotros somos salvajes. Los sueños del hombre están ocultos para nosotros. Y por estar ocultos, tenemos que escoger nuestro propio camino. Si vamos a consentir, es para garantizar las reservas que nos han sido promeridas. Allá tal vez podamos vivir nuestros últimos días conforme deseamos. Después que el último hombre piel roja haya partido y su recuerdo no pase de la sombra de una nube a vagar encima de las praderas, el alma de mi pueblo continuará viviendo en estos bosques y playas porque nosotros las amamos como un recién nacido ama el latir del corazón de su madre. Si vendemos a usted nuestra tierra, ámela como nosotros la amábamos. **Protégala como nosotros la protegíamos. Nunca olvide cómo era la tierra cuando usted tomó posesión de ella. Y con toda su fuerza o su poder, y todo su corazón consérvela para sus hijos y ámela como Dios nos ama a todos.** Una cosa sabemos: que nuestro Dios es el mismo Dios, y esta tierra es querida por El. Ni siquiera el hombre puede evitar nuestro destino común". •